

—¿Denigrante dices? Denigrante porque hasta de aquí un año no estaremos unidos por las leyes que facultan al hombre para mantener a la mujer sin detrimento de la sociedad. Pero, en tanto pasan esos meses ¿no estamos unidos por una ley más sublime, más sagrada, como lo es la formada por el connubio de nuestras almas?

Márgara no intentó luchar. El argumento la vencía.

Y, mientras se estrechaba contra el cuerpo de César, como buscando amparo, accedió a lo pedido.

Esa noche los concurrentes al café Colón gustaron por última vez de las deliciosas armonías que la pianista hiciera brotar del piano, de ese piano con cuya alma más de una noche confundiera la suya, resplandeciente y pura.

VI

DESCANSA un poco, mi pequeño. Te va a hacer mal tanto estudio.

César tomó las manos de Márgara que acariciaban su frente y las llevó a los labios.

La pianista era para él su hada buena.

Por ella estudiaba con ahinco, por ella había abandonado su antiguo género de vida, por ella se convertía gradualmente en un hombre apto para la lucha por el pan.

Pasaba las tardes estudiando en lo de Márgara; solía cenar con ella y luego tornaba a su casa sin que el centelleo de las lamparitas de los cafés, ni las provocaciones de las noctámbulas bonaerenses, influyeran en su ánimo.

Una noche fué al club. Pero las risotadas de los amigos, las mesitas cubiertas con el tapete verde, llenas de montones de fichas y de montones de dinero, la expresión dolorosa de algunos vencidos por la suerte y la satánica de algunos usureros, le causaron repulsión y tristeza.

¡Y pensar que él se había divertido en esa atmósfera, tan diferente de la que flotaba en el delicioso departamento donde vivía su Márgara, su chiquita ideal!

Y el globo de la vida continuó rodando.

Una noche el padre lo llamó reservadamente a su escritorio.

César, despreocupado, sin sospechar la proximidad del pampero, esperó que hablara. El otro lo observó en silencio y de pronto espetó a boca de jarro.

—¿Con quién cenas la mayoría de las noches?

César lo miró sorprendido y recordó ciertos indicios de animosidad contra su persona, que notara hacía días en su padre, y, comprendiendo que éste estaba tan enterado como él, afrontó directamente la situación.

—Con mi novia.

—Con tu amante, dirás.

—¡Padre! Ruégole por lo que más quiera que mida sus palabras.

Y el pampero se desencadenó.

El padre comenzó por explicarle que lo sabía todo, que en el